

mo se hallara á la sazón á la cabeza de un ejército le pareció ocasion oportuna de dar cima á sus ínicuos planes. Ya antes de partir de Eboracum (York) cierto número de soldados y de tribunos habian negado obediencia al achacoso viejo. Severo reconvinó al ejército y mandó decapitar á los más delincuentes, si bien perdonó á su hijo; y este acto de clemencia, único en su vida, fué más pernicioso para el mundo que todas sus crueldades. Entre tanto el pesar acabó de roerle y consumirle. Conociendo que se acercaba el término de su existencia, hizo leer á sus dos hijos el discurso que Salustio pone en boca de Micipsa para exhortar á sus herederos á la concordia, les recomendó especialmente (y en esto estriba la principal habilidad de los tiranos) granjearse el afecto de los soldados con liberalidades, sin ocuparse de lo demás un solo punto. Mandó trasladar la estatua de oro de la Fortuna al aposento de Caracalla, luego de Geta, y exclamó de este modo: *Lo hé sido todo y todo es nada*. En seguida pidió la urna preparada para recibir sus cenizas, añadiendo: *Encerrarás á aquel para quien fué pequeña la tierra*. No pudiendo soportar sus dolencias quiso que le sirvieran veneno, y como se no garan á proporcionárselo comió hasta reventar de hartura (211).

Frisaba en los setenta años, de los cuales habia reinado diez y siete y ocho meses. Su efigie de cera fué colocada sobre un lecho de marfil con paños de oro (4 de Febrero); y por espacio de siete dias se agolparon en torno senadores vestidos de negro y damas con traje blanco. Continuaron los médicos con toda regularidad sus visitas, anunciando los progresos del mal hasta el sétimo dia, en que la muerte fué declarada oficialmente. Entonces fué llevado el lecho fúnebre al foro en hombros de caballeros, acompañado de senadores y de la juventud que entonaba himnos en loor del difunto. Habíase levantado en el campo de Marte una magnífica pirámide de madera con cuatro cuerpos, conteniendo cuatro aposentos uno encima de otro, estrechándose gradualmente. Colocóse en el segundo el simulacro de Severo cubierto de aromas y de flores; y despues de verificarse por los caballeros en derredor de la pirámide carreras de caballos, se la prendió fuego; entonces remontó su vuelo un águila

desde el centro de las llamas, símbolo del alma de Severo ascendiendo á la mansion de los dioses.

Cuando cesaron de hacer temblar las crueldades se encomió sobremanera la justicia de sus leyes, y la perversidad de su sucesor le valió ser comparado á Augusto. Si consideramos no obstante que extirpó los últimos vestigios de la república hollando al Senado, y que introdujo tanto con la práctica como con las doctrinas el sistema despótico, habremos de pedirle cuenta del abuso que sus sucesores hicieron de este sistema y de la ruina á que precipitó el imperio.

CAPITULO XIII

Desde Caracalla á Alejandro.—Restablecimiento del imperio Persa.

Aquella Julia, con quien se habia casado Severo á consecuencia de predecirla las estrellas por marido un soberano, poseia, independientemente de su hermosura, una imaginacion viva, un alma enérgica, y un notable buen sentido. Instruida en artes y letras fué protectora de los hombres de talento, cuyas alabanzas no alcanzaron á adormecer ciertas aventuras escandalosas. Jamás tuvo ascendiente sobre su marido, austero y celoso; pero en tiempo de su sucesor administró con moderacion y prudencia.

Garacalla y Geta, sus hijos, uno de veintitres y otro de veintiun años, juntaban á la indolencia natural de los que nacen bajo la púrpura, monstruosos vicios y extremada animosidad uno contra otro. Su padre habia puesto por obra consejos y reconvenciones para ahogar aquella enemistad; hacia particular estudio en tratarles con igualdad perfecta, hasta conceder á ambos (cosa inusitada) el título de Augustos. Pero Caracalla consideró esto como un ultraje, y Geta aspiró á conciliarse la voluntad del ejército y del pueblo. Pudo, pues, decir Severo, sin ser profeta: *El más fuerte de los dos matará al otro, y al que sobreviva le perderán sus propios vicios*.

No bien hubo cerrado los ojos (4 de Febrero de 211), cuando los dos Augustos pusieron término á la guerra, abandonando los países recientemente conquistados, para presentarse ca-

da unó de ellos en Roma. Proclamados ambos por el ejército, uno y otro ejercieron una autoridad independiente. ¿Cabia en lo posible aguardar que gobernarán de concierto? En el camino jamás habian comido juntos, ni dormido bajo un mismo techo; al llegar á Roma se repartieron el palacio que era más espacioso que la ciudad toda, fortificando uno contra otro la parte que se reservaba, y colocando allí centinelas. Nunca se encontraban sino con la injuria en los labios y la mano en la empuñadura de su espada. A fin de estorbar una guerra inminente entre los dos hermanos, se les propuso repartirse el imperio; pero la emperatriz les hizo renunciar á un tratado que, rompiendo la compacta unidad del Estado, produciria una guerra civil, y el predominio de un partido sobre el otro, ó el quebrantamiento de ambos. Determinó á Caracalla á celebrar una entrevista con Geta en su aposento para reconciliarse; pero el primero degolló al otro en los brazos de su madre.

En lucha con sus remordimientos y con la satisfaccion de su delito, huye el monstruo al campo de los pretorianos; se prosterna ante las estatuas de los dioses, y anunciando que acaba de libertarse de las emboscadas de su hermano, declara que quiere vivir y morir con sus leales soldados. Estos preferian á Geta; mas una vez dado el golpe, tuvieron por mejor disimularlo; además una gratificacion de 2,500 dracmas, concedida á cada uno de ellos, contribuyó á adormecer los murmullos. Su padre le habia dicho: *Hazte amar de los soldados, y esto basta*: nada tenia que recelar del Senado: á fin de distraer al pueblo, permitió Caracalla que deificaran á Geta: *Sea dios (divus) con tal de que no esté vivo (vívus)*, y consagró á Serapis la espada con que le habia atravesado.

Pero las fieras devoradoras desgarraron al fratricida. En medio de las ocupaciones, del libertinaje, de las lisonjas, se le aparecian amenazantes las imágenes de su padre y de su hermano. A fin de borrar todo recuerdo de su víctima, amenazó de muerte á Julia, que le lloraba; hizo perecer á Fadilla, última hija de Marco Aurelio, derribó las estatuas de Geta, y fundió las monedas acuñadas con su efigie; hizo, en fin, degollar á veinte mil personas por la amistad que á este príncipe les unia. Mandó á

Papiniano, á quien aborrecia porque Severo le habia recomendado velar por la administracion del Estado, y mantener la concordia en su familia, escribir una apología de su fratricidio, como lo habia hecho Séneca respecto de Neron; pero Papiniano le respondió: *Es más fácil cometer un delito que justificarlo*, y murió intrépidamente, sellando así el renombre que le habian conquistado sus conocimientos, sus funciones públicas y sus obras.

Habituado desde entonces á la sangre, nunca cesó de derramarla, y bastó á un senador ser rico y virtuoso para ser delincuente. Un año despues de la muerte de Geta salió de Roma para no tornar nunca á su recinto, y recorrió las diversas provincias, con especialidad las de Oriente, satisfaciendo con avidez su sed de suplicios, no sólo contra los magnates y los ricos, sino contra todo el género humano.

Donde quiera que se hallaba debian prepararle los senadores banquetes y diversiones de enormes dispendios, que abandonaba en seguida á sus guardias; levantarle palacios y teatros, en que ni siquiera fijaba los ojos y que mandaba demoler acto continuo. A fin de hacerse popular vestia al uso de cada uno de los países. En Macedonia, como testimonio de su admiracion respecto de Alejandro, hizo organizar un cuerpo de su ejército segun el modelo de la falanxe, dando á los oficiales los nombres de aquellos que habian servido á las órdenes del héroe macedonio. Fué idólatra de Aquiles en Asia; donde quiera cómico y verdugo. En la Galia derramó torrentes de sangre (216), y mandó dar muerte hasta á los médicos que le habian curado. Para vengarse de una sátira decretó una matanza general de alejandrinos; y desde el templo de Serapis dirigió la carnicería de muchos miles de infelices, delincuentes todos, segun escribia al Senado. Abolió en Alejandría las reuniones literarias, expulsó á los extranjeros, á excepcion de los mercaderes, y separó los barrios con murallas guarnecidas por tropas. Prodigaba oro á farsantes, á cocheros, á cómicos, á gladiadores; y echando mano á su espada, respondió á Julia que le dirigia reconvenciones: *Mientras tenga ésta, nunca me faltarán riquezas*. Sin embargo, cuando hubo disipado el inmenso tesoro de Severo, llegó hasta á fabricar moneda falsa. Por lo demás no se

ocupaba ni de negocios ni de justicia; confiados se hallaban los primeros puestos del Estado á libertos, histriones y eunucos. ¿Qué importaban las querellas del mundo entero? *Hízle amar de los soldados, y esto basta.* Pues bien, Caracalla los colmó de larguezas mayores que la de su padre, sin refrenarlos con igual energía. Cada año les distribuía 70.000.000 de dracmas sin contar el sueldo que aumentó bastante. Les consentía apoltronarse dentro de sus cuarteles y provocaba su familiaridad imitando su modo de vestirse, sus hábitos y sus vicios.

Natural era que fuese amado por ellos y que le ampararan contra el odio de los demas. La prefectura del pretorio, que, como ya hemos dicho, abarcaba entonces todas las atribuciones del poder supremo, había sido dividida entre Avento para lo militar, y Opilio Macrino para lo civil. Predijo el imperio á este último un adivino africano. Caracalla supo tal noticia en Edesa, en el momento en que dirigía un carro, y remitió el despacho á Macrino. Este comprendió al punto que le cumplía inevitablemente morir ó darle la muerte. Abrazó este postre partido y compró á un soldado, que descargó el golpe sobre Caracalla en el instante en que se dirigía al templo de la luna en Carrhs (8 de Abril de 217). Tenía veinte y nueve años; y Julia, su madre, que no quería sobrevivirle, se dejó morir de hambre.

Este mónstruo es memorable por haber declarado ciudadanos romanos á todos los súbditos del imperio, no por generosidad, si no por someter así á los habitantes de las provincias al derecho del vigésimo sobre las sucesiones, derecho que sólo pesaba sobre los ciudadanos. También hizo algunas guerras, primero contra los galos y los alemanes, cuyo nombre suena á la sazón por la vez primera. Aun cuando acreditó personal bizarría, llegó á comprar á los bárbaros una paz vergonzosa. Hechas prisioneras alguna de sus mujeres y viéndose puestas en venta, se suicidaron despues de dar muerte á sus hijos. Entonces se sublevaron en contra suya todos los pueblos de la Germania, por querer una porción de sus tesoros ó una guerra ilimitada; prefirió éste el primer partido. Sin embargo, no recibió á los embajadores, sino sólo á sus intérpretes, á quienes mandó asesinar al punto para que no pudieran dar testimonio de su

ignominia. Arrancó la vida al rey de los quados; y habiendo llamado á las armas á los jóvenes de la Retia, ordenó que fueran degollados todos. En esto sobresalía su bravura.

Se proponía atacar á los partos debilitados por sus disensiones intestinas, si bien quiso mejor trasladarse á Armenia y á Osroena, en paz con los romanos; y habiendo invitado á los reyes á acudir á Antioquía, los retuvo prisioneros. De este modo pudo reducir la Osroena á provincia, pero zozobró su proyecto contra la Armenia. Sin declaración de guerra penetró asimismo en el territorio de los partos exterminando á los habitantes, destruyendo las aldeas y propasándose hasta á soltar fieras en pos de los míseros fugitivos; es lo cierto que jamás vió la cara al enemigo, sin que por eso dejara de vanagloriarse en el Senado de haber vencido al Oriente; y al discernirle aquel cuerpo los honores del triunfo, le dió los títulos de Germánico, Gético, Pártico. Helvio Pertinax, hijo del emperador asesinado, dijo que el único sobrenombre que le convenia era el de Gético, aludiendo al asesinato de Geta, y pagó estas palabras con la vida.

Por espacio de tres dias estuvo vacante el imperio del mundo; al cuarto, no ocurriendo á quien dárselo, proclamaron los pretorianos á Macrino (11 de Abril de 217), quien fingiendo rehusarlo y deplorar la muerte de Caracalla, se apresuró á distribuir donativos, promesas, y á promulgar una amnistía. Era natural de Argel, y Plauciano le había confiado la intendencia de sus bienes porque era versadísimo en el estudio de las leyes. Desterrado á Africa por Severo ejerció allí la profesion de abogado hasta el momento en que fué nombrado para la prefectura del pretorio; funciones que desempeñó con toda la equidad que se puede aplicar bajo un tirano, á la resolución de los negocios.

Cuando el Senado recibió el despacho en que Macrino le anunciaba que *Caracalla había sufrido la suerte de que parecia digno, y que el ejército le había elegido por sucesor suyo*, aquel cuerpo perplejo hasta entonces, se desahogó en imprecaciones contra el difunto é infamó su memoria, y prodigando á Macrino más honores que á otro alguno, dió el título de César á su hijo y el de Augusta á su esposa. Le suplicó que castigara á los ministros de Caracalla y exterminara á los delatores. Macrino le per-

mitió desterrar á algunos senadores y á ciertos ciudadanos, como también sacrificar á los esclavos y libertos que habían denunciado á sus amos. Por otra parte consintió en que el ejército deificara á Caracalla, y el Senado siempre dócil prestó su asentimiento. Proponiéndose Macrino aplicar remedio á los desórdenes del reinado precedente con la abolicion de los edictos contrarios á las leyes de Roma, castigó con el suplicio del fuego el adulterio, cualesquiera que fueran la condicion y clase de quien lo cometia; obligó á los esclavos fugitivos á luchar con los gladiadores; á veces dejó á los reos morir entre las angustias del hambre; pronunció la pena capital contra los delatores que no probaban su acusacion, y cuando la probaban les otorgó la recompensa ordinaria de la cuarta parte de los bienes del acusado, aunque declarándolos infames. Alternativamente castigó ó indultó á los que conspiraban en contra suya. Semejante rigidez y la destitucion de personajes ilustres, cuyas funciones confió á sujetos sin mérito ni nobleza, produjeron imponderable descontento; se tuvo á deshonra ver ocupado el trono por un hombre que ni siquiera figuraba como miembro del Senado, sin que tampoco compensara lo ínfimo de su origen ninguna cualidad eminenté.

Ya fuera por justicia ó por miedo restituyó el emperador la libertad á los prisioneros hechos á los partos por Caracalla; pero envalentonado con la moderacion de los romanos, Arteban, que juntaba un ejército para vengar el recibido ultraje, exigió que reedificaran las ciudades destruidas por Caracalla, que restituyeran la Mesopotamia y pagaran una multa por el insulto hecho á las sepulturas de los reyes partos. Al saber su negativa atacó á las legiones cerca de Nisibe, las derrotó, y solamente concedió la paz al precio de 4.000.000 de dracmas. El restablecimiento de Tiridato en su trono aplacó á los armenios.

Aquellas derrotas consistian principalmente en la falta de disciplina de las tropas; de consiguiente Macrino buscó los medios de restablecerla. Desde las ciudades, donde se enervaban en la molice, trasladó á los campos los cuarteles de los soldados, prohibiéndoles acercarse á las poblaciones, y castigando severamente la más ligera falta. Hasta quiso disminuir el suel-

do de las tropas, que alzaron entonces unánimes clamores echándole en cara sus suntuosos solares de Antioquía, y la hipocresía con que había fingido lamentarse del asesinato de Caracalla, ordenado por él mismo.

Atizaba el fuego de la sedicion, Mesa, hermana de Julia, que juntaba á la sagacidad de una mujer el valor de un hombre; Macrino la había dejado sus inmensas riquezas, confiándola no obstante á Emeso, en Fenicia, con sus dos nietos Vario Avito Bassiano, de edad de trece años, y Alexiano, que tenía nueve. Había consagrado el primero al sol, adorado en aquella ciudad bajo la forma de un cono de piedra negra. Llegó á ser gran sacerdote del dios, y á consecuencia del nombre que se le daba en aquel territorio, fué el llamado Heliogábalo. Por su dulzura y afabilidad se hizo amar de los soldados del campamento de Macrino, asentado á poca distancia; y todavía fué mayor el cariño de las tropas cuando Julia Soemis, hija de Mesa, divulgó el rumor de que le había tenido de Caracalla, haciendo á la ambicion el sacrificio de su honra. Sostuvo esta opinion con indecibles larguezas, y no se necesitó más para determinar al ejército á proclamarle emperador bajo el nombre de Marco Aurelio Antonino Heliogábalo. Fué asesinado Ulpiano, prefecto del pretorio, enviado para apaciguar el tumulto. Despues de titubear Macrino entre el rigor y la indulgencia, acabó por declarar á Heliogábalo enemigo de la patria; proclamó Augusto á su propio hijo Diadumeno, y prometió á cada soldado 5.000 dracmas, y al pueblo 150.000 por cabeza. A pesar de tamaña liberalidad, se declaró el pueblo en favor del jóven emperador. Dieron muerte los soldados á sus oficiales para sucederles en sus bienes y en sus grados, segun se les había prometido. En seguida se dió una batalla en los confines de la Siria y de la Fenicia, donde Heliogábalo, su abuela, mujeres y eunucos desplegaron valor y firmeza, á la par que Macrino decidió la victoria de su rival con su intempestiva fuga. Alcanzado en ella, le conducian á presencia del vencedor, cuando sabedor de que se había cortado públicamente la cabeza á su hijo, que apenas contaba diez años, se precipitó desde el carro que le llevaba, y los soldados de la escolta terminaron sus congojas y su vida (8 de Junio).

Terminó totalmente el escaso número de sus parciales que opuso resistencia, y la revolución quedó terminada en veinte días. Heliogábalo invirtió muchos meses en hacer su viaje, tan frívolo como pomposo, desde la Siria á Italia, donde hizo le precedieran las ordinarias promesas, y además su retrato, que le representaba con sus vestiduras sacerdotales de seda y oro, flotantes á la oriental, con tiara en la cabeza, cubierto de collares, de brazaletes y de piedras preciosas, las cejas teñidas de negro y las mejillas con afeites. Hubo entonces de apercibirse Roma de que se hallaba amenazada del despotismo oriental despues de haber padecido el régimen del sable.

Con efecto, el sacerdote del sol sobrepujó en impiedad, en prodigalidades, en libertinaje y en barbarie á los mónstruos que le habian precedido. Entre el número de seis mujeres que adoptó por esposas, y repudió en el trascurso de seis años, se contaba una vestal; atentado inaudito hasta entonces. En sus aposentos no habia más colgaduras que telas de oro. Uncia á su carro, cubierto de este fino metal y de pedrerías, á mujeres con el seno desnudo, y subia allí tambien en carnes. Desde el lugar de donde salia hasta su carro, solo debia pisar polvos de oro. De oro eran todas las vajillas destinadas á su servicio, y por la noche repartia á sus convidados aquellas de que habia hecho uso durante el día. Sus vestidos, de las mas finas telas, estaban cargados de pedrería; nunca se puso uno mismo dos veces, observando igual método con los anillos. Regalaba á los soldados y al pueblo vajilla de plata y oro, piedras finas, billetes que representaban diversas sumas. Llenó los viveros de esencia de rosa; hizo correr vino por el canal que servia para las naumaquias; una profusion de flores adornaban sus aposentos, sus galerías sus lechos. Daba festines en que no se servian más que lenguas de pavos reales y de ruiseñores, huevas de rodaballo, sesos de papagayos y de faisanes. No comia pescado sino cuando se lo traian de remotos mares, y entonces distribuía gran cantidad de este manjar delicado á la muchedumbre, complaciéndose en que fuera del mejor y más caro transporte. Alimentaba sus perros con hígados de pato, á sus caballos con uvas, á las fieras con faisanes y perdices. Todo el que inventaba un manjar

apetitoso era galardonado generosamente; pero si no atinaba con el gusto del emperador, era condenado á no comer otra cosa hasta que descubriera alguna nueva golosina sabrosa. Servíanse además en sus banquetes guisantes mezclados con polvos de oro, lentejas y habas con ambar, arroz con perlas, falerno con vino de rosa, trufas y peces salpicados de ambares. Eran de plata las mesas, y los vasos de impúdica figura; para sustentar las lámparas usaba de nardo; llovian en abundancia sobre los convidados jacintos y rosas; y á veces se recreaba el emperador en sofocarles con esta odorífera lluvia. Durante la comida le acariciaban viejos sicofantas, y se cambiaba de mujer á cada plato. A las nauseabundas infamias de que fué receptáculo su palacio, convidaba amigos á quienes llamaba camaradas por su complicidad inmunda. Las proezas más lividinosas valian á sus favoritos los primeros cargos del imperio. Aconteció un día expulsar súbito á todas las cortesanas y sustituirlas con mancebos; y degeneró hasta el punto de hacer que se casaran con él un oficial y un esclavo; este matrimonio brutal se consumó á la faz del mundo.

Tanto cariño profesó á un tal Gannis, de condicion servil, que pensó en casarle con su madre y en hacerle César; pero habiéndole exhortado á proceder con más decoro le dió muerte. Condenó á la última pena á otros muchos en Siria y otras partes, bajo pretexto de que desaprobaban su conducta. Cuando se presentó por primera vez en la curia, quiso que se incluyera á su madre en el número de padres conscritos con derecho de votar como ellos. Hasta instituyó bajo su presidencia un Senado de mujeres, cuyas atribuciones consistian en deliberar sobre el traje de los romanos, el lugar preferente, las visitas y otros objetos de igual importancia.

A impulsos de su loca devoción al dios á quien debia su nombre y su trono, hizo que se le erigiera un suntuoso templo encima del Palatino para observar allí los ritos extranjerios. Entendia que Júpiter y los demas dioses debian ser humuldísimos servidores de aquel intruso, y hasta que él fuera únicamente objeto de las adoraciones. De consiguiente se profanaron y despojaron los demas templos, y se trasladaron al suyo el fuego eterno de Vesta, la estatua de

Cibeles, los escudos sagrados de Anco y el Palatino; y habiendo hecho venir de Cartago á la diosa Astarte con todos sus ornamentos, la casó con su dios y celebró su enlace con inaudita magnificencia. Para el culto de este dios extranjero no le bastaba la circuncision de los nuevos creyentes y la abstinencia de la carne de cerdo, sino que le sacrificaba niños robados á las más ilustres familias. A fin de conducir procesionalmente aquella piedra en bruto, hizo sembrar de oro la carrera que debia seguir el carro tirado por seis caballos blancos en que iba depositada; el emperador en persona llevaba las riendas, andando hácia atrás para no apartar los ojos de su divinidad muy amada. En los sacrificios que la ofrecia se prodigaban exquisitos vinos, víctimas sumamente raras, preciosos aromas, y en medio de lascivas danzas ejecutadas por jóvenes sirias, representaban los más graves personajes del órden civil y militar los papeles más abyectos y estravagantes, al compás de bárbaros instrumentos.

Vanamente aspiraba Mesa á poner freno á aqúel insensato; previendo que los romanos ó los soldados no le aguantarian por mucho tiempo, le persuadió que adoptara á su primó Alexio, á fin de que, segun decia, no le distrajera de sus ocupaciones divinas el cuidado de los negocios. Pero viendo que el nuevo príncipe no tomaba parte alguna en sus desórdenes y se hacia amar del pueblo y del Senado, probó Heliogábalo á darle muerte; y como se lo estorbasen su abuela y su madre, pidió al Senado que fuera depuesto. Subleváronse en esto pretorianos, resueltos á matar al emperador, si no hubiera obtenido con sus lágrimas que le dejasen la vida y su esposo, abandonando á su indignacion los demas compañeros de su libertinaje.

Al año siguiente atentó otra vez á la vida de Alexio, y los pretorianos se sublevaron nuevamente. Heliogábalo hubo de conducirlo á su campamento, y entonces al jóven César se le prodigaron aplausos y á él denuestos. Irritado el emperador sentenció á muerte algunos; pero son arrancados de manos del verdugo; se trabó una refriega, y Heliogábalo se esconde en las letrinas, donde es descubierto y degollado como tambien su madre. (10 de Marzo 222) ¡Tenía diez y ocho años!

Alexio, que solo contaba trece, fué proclamado emperador con el nombre de Alejandro Severo (11 de Marzo), al cual añadió los de Augusto, Padre de la Patria, Antonino, Grande aún antes de ser conocido. Este príncipe mozo se dejó dirigir modestamente por Mamea su madre, que ambiciosa por gozar de un poder efectivo, como lo habia disfrutado su hermana con el título de emperatriz, conservó siempre sobre su hijo una autoridad absoluta. Celosa del amor que profesaba á su mujer y á su suegro, hizo que éste fuera condenado por traicion, y confinada aquélla á Africa (223). A lo ménos dirigió á su hijo hácia el bien, instalando á su lado un consejo compuesto de diez y seis senadores de los más esclarecidos, bajo la presidencia del famoso Ulpiano, á fin de que aplicaran remedio al desórden del gobierno y de las rentas, separaran á tantos funcionarios indignos, y especialmente para que guiaran por el camino de la virtud al jóven emperador.

De índole suave y benévola, respetuoso á su madre y á Ulpiano, horrorizando á los aduladores, amó la virtud, la instruccion y el trabajo. Levantábase antes del alba, y despues cumplir sus devociones en la capilla domestica, que habia mandado adornar con las imágenes de hombres bienhechores, se ocupaba de los negocios publicos en el consejo de Estado y fallaba sobre las cuestiones privadas; en seguida se recreaba con una amena lectura, ó estudiando poesia, historia y filosofia, especialmente en Virgilio, Horacio, Platon y Ciceron, sin descuidar los ejercicios corporales, en que superaba á todos los de su edad por el vigor y por la destreza. Consagrándose despues de esto otra vez á los negocios, despachaba cartas, leia memorias hasta la hora de la cena, comida frugal y sencilla, servida por un corto número de amigos instruidos y virtuosos cuya conversacion, ó cuyas lecturas sustituian á los bailes y á los gladiadores, ordinaria comitiva de los banquetes de los demas romanos. Sencillemente vestido hablaba con bondad y daba audiencia á todos á determinadas horas; un heraldo repetia en alta voz esta fórmula de los misterios de Eleusis. *¡No entre aquí aquel cuya alma no esté inocente y pura!* Solia decir á menudo y habia mandado inscribir sobre las puertas de su palacio la máxima siguiente: